

Humanidades

Loa sentimental del pie

José María Rodríguez Tejerina

El pie, en su enfermar, en su interpretación literaria, no alcanza, injustamente, el prestigio poético de la mano. Aunque «la extremidad de cualquiera de los dos miembros inferiores del hombre», como lo define el Diccionario de la Real Academia, sustente nuestro cuerpo y nos permita andar. Y sea, anatómica, funcionalmente, un órgano singular, específico del género humano. Muy diferente a cualquier otra extremidad del reino animal. Un rasgo bien peculiar que acompaña al hombre desde los albores de su evolución. Cuando surgieron los pequeños monos antropomórficos; el *Australopithecus africanus*, coetáneo del *Homo habilis*; el *Homo sapiens* y, en fin, el *Homo erectus*, con un pie semejante ya al del hombre actual, con un grueso primer dedo que le concede el privilegio de impactar elásticamente en el suelo, de poder correr, de caminar erguido. Prodigio ocurrido hace millones de años, al tiempo que aumentaba la menguada estatura inicial de los antropoides, que alcanza con el *Pithecantropus*, el hombre de Java y el de Pekín, una talla de unos 160 cm. Ser humano, *Erectus erectus*, del que tenemos cumplido testimonio en unas cenizas volcánicas de Tanzania, en las que aparece la huella de unos pies desnudos de hace 3 millones de años; la manifestación humana más antigua que ha llegado a nosotros.

El pie humano está constituido por veintiocho huesos, diecinueve músculos y más de cien ligamentos, armónica, dinámicamente acoplados entre sí. Gracias a esta sabia morfología el hombre pudo emprender

la aventura de la posición erguida. Conquista poco comentada, pero tan fascinante como la de los murciélagos que, por vez primera, osaron volar en la oscuridad; o la de las focas que decidieron deslizarse de las rocas y caer en la mar, para alimentarse y dormir apaciblemente.

Andar es una proeza parecida al vuelo de los pájaros. Puede lograrse gracias al distinto desarrollo de las extremidades inferiores respecto a las superiores. Es uno de los más asombrosos designios de la Naturaleza, que conlleva una entrañable servidumbre; las aves, los hombres, se ven obligados a enseñar a volar, a caminar, a sus pequeñuelos.

Encontramos en la mitología varias referencias al pie. Edipo, hijo de Layo el Cojo, era «el de los pies hinchados». Hermes, descendiente directo de Zeus, es el rápido mensajero de los dioses, con sus sandalias aladas. Luego, Aquiles y su frágil talón, que hiriera mortalmente Paris, con una flecha.

El pie despierta, a veces, una anómala atracción amorosa. Así, sobre todo, en la China pretérita, en los aguatinas chinos eróticos tradicionales aparecen mujeres desnudas; con medias y unos pies diminutos. Existía, en el Celeste Imperio, una obstinada pasión por los pies achicados artificialmente. Vendados apretadamente desde la infancia, para convertirlos en deformes piececillos, escondidos púdicamente bajo ricos zapatos de seda bordada. La primera referencia a la cruel mutilación procede del año 580 d.C. El emperador Tshen Houdshu introdujo esta costumbre

para dotar al cuerpo femenino de un atractivo mayor y de una marcha cadenciosa. Doloroso proceso deformante, cantado por Siman Tying, que pronto imitaron, con sus hijas, los cortesanos y las clases acomodadas. Mas, tal vez, el origen de la sádica práctica fuera la voluntad de otro emperador, Yang-li, de que imitaran todas las mujeres de su país el pie equino de una de sus favoritas. O unos hipócritas celos masculinos, traducidos en mantener prisioneras a las féminas, sin poder apenas andar. Una mujer a la que, desde niña, no le hubieren moldeado debidamente los pies, no podía aspirar nunca a encontrar un buen esposo, a ser una distinguida concubina, una deseada prostituta.

Los pies largo tiempo vendados llegaban a parecer *pezuñas de cerdo*. Eran tanto más excitantes cuanto más pequeños. Los de una longitud de 7,5 cm fueron denominados *lotos* o *lirios de oro*. Menos anhelados eran los que tenían una longitud de 10 cm, *lirios de plata*. Los pies de mayor tamaño resultaban «feos, ridículos». Los pies normales se denominaban, peyorativamente, *patas de ganso*. Y a sus desgraciadas poseedoras, *demonios de los pies grandes*.

Este absurdo fetichismo desapareció, al fin, en las postrimerías del siglo XIX y comienzos de la actual centuria.

Entre nosotros, los occidentales, la atrac-

ción sexual suscitada por los pies, es rara. Quizá haya que buscar sus raíces en la infancia. El bebé suele llevarse los pies a la boca. Su madre se los besa, golosamente. Podría persistir un recuerdo infantil gratificante que degeneraría, con el tiempo, en el perverso, degradante fetichismo. Pero es más frecuente que este idolismo del pie surja de sus envolturas; las medias, los zapatos. Al contrario de lo que sucede con la mano; ésta, desnuda, es mucho más sugerente que los guantes. Un psicoanalista ha creído ver en el *pie de lirio* el mito helénico de la cópula. Otros psiquiatras adivinan signos de masoquismo. Y, una solapada incitación a proseguir las caricias más arriba, por el camino ascendente que conduce al misterio oscuro del sexo. Al pie normal lo alabaron, sin embargo, platónicamente, célebres poetas de la Antigüedad: Virgilio, Homero. Y también, en una ocasión, nuestro gran vate, melancólico y metafórico, don Luis de Góngora y Argote, quien definió así los pies ingravidos de una utópica amada:

*Su vago pie de pluma
surcar pudiera mieses, pisar ondas,
sin inclinar espiga
sin violar espuma.*

Dice un milenario proverbio indio que donde el hombre planta sus pies se abren cien senderos. Mas el corazón siempre camina hacia donde le llevan los pies.